

# Sucedió una Navidad...



Cuentos  
para chicos y grandes

# Índice

La fiesta de don Octavio ..... 3

Amar al prójimo ..... 8

Pedro y la sirena ..... 16

El secreto del sastre ..... 25

**Compilación y redacción: Derek y Michelle Brookes**  
**Traducción: Patricia Zapata Noyola, Felipe Mathews y**  
**Gabriel García V.**  
**Ilustraciones: Hugo Westphal y Jan McRae**  
**Diseño: Jim Healey**



ISBN: 3-905332-71-X  
© 1997, Aurora Production AG, Suiza.  
Derechos reservados. Impreso en Tailandia.

# La fiesta de don Octavio



Octavio Campos era bibliotecario del pueblo de San José de la Sierra. De pequeño había sido alumno del colegio municipal. Posteriormente fue profesor de historia en el mismo plantel. Aunque le encantaba la compañía de los niños, ahora que había envejecido su precaria salud no le permitía continuar con el ajetreo de dar clases todos los días.

Por eso don Octavio se dedicaba a la biblioteca. Casi nunca la abandonaba, pues vivía en un cuartito alquilado en el segundo piso del mismo edificio. Había sido soltero toda la vida, pero le enorgullecía que lo llamaran *abuelito Octavio*. Se rumoreaba

que había leído todos los libros de la biblioteca, y la verdad es que los cuidaba con gran esmero. Algunos decían en broma que después de Felisa, su perra, los libros eran su mayor amor.

Todos los niños lo querían mucho. Más que para tomar libros prestados, iban a la biblioteca con frecuencia para asistir a sus sesiones semanales de historia. Por espacio de media hora, don Octavio mantenía cautivados a los chiquillos. Les leía un relato, les muestra-

ba diapositivas, les ponía una película o daba una charla sobre la vida de destacados personajes de otros tiempos.

Don Octavio tenía ángel, carisma. Hacía sonreír a todos, fuera cual fuera su edad. Daba la impresión de que nada lograba aplacar su entusiasmo. Según él, eso se debía a que cada noche, después de cerrar la biblioteca, pasaba una hora rezando y leyendo la Biblia.

Pronto sería Navidad, y don Octavio quería organizar una fiesta para todos los alumnos del colegio. Su deseo era hacerla en la biblioteca, dos días antes de la Pascua. Se le ocurrió que en esa oportunidad la sesión de historia podía consistir en una representación de la Natividad. Buscaría quienes hicieran el papel de José, María y el niño Jesús. Pediría a los campesinos que le prestaran unas ovejas y una ternera. Al fin y al cabo, el nacimiento de Cristo marcó un hito en la Historia! Don Octavio tenía muchos amigos. Le resultó fácil encontrar quien le confeccionara trajes para la actuación. Tampoco tuvo dificultad en encontrar quien le trajera madera, paja y otras cosas que hacían falta.

Aunque era una persona de escasos ingresos, contribuyó cuanto pudo y dedicó el mayor tiempo posible a los preparativos. Se propuso que fuera una celebración divertida a la que asistiera mucha gente del pueblo. El tema —la Natividad— sería una sorpresa para los niños. Invitó a todos a la fiesta y les adelantó que no faltaría la acostumbrada sesión de historia.

Se aproximaba la fecha, y don Octavio, con mucho esmero, se fue encargando de todos los detalles y planes. Quería que fuera una ocasión memorable y dichosa. Compró un pino y lo decoró con lucecitas, bolas, cintas de papel metálico, ángeles, figuritas de mazapán y muchos otros adornos navideños.

Llegó el día tan ansiado. Don Octavio no abrió la biblioteca. Sólo dejó entrar a los que le iban a ayudar. Se le veía más ocupado que nunca, dando instrucciones a los carpinteros que montaban el pesebre y repasando el guión con los que iban a desempeñar los papeles de José y María. También estaba presente el niño Jesús, un bebito que por ratos se ponía inquieto. Don Octavio casi ni se acordó de comer, y poca atención prestó a su perra Felisa. Además, no leyó ni un solo libro ese día!

Así y todo, hubo algo que no se le olvidó. Como aquella noche era de fiesta, hizo sus plegarias más temprano. El anciano inclinó la cabeza en señal de reverencia y pidió la bendición de Dios para el acto que tendría lugar horas más tarde. De repente lo embargó una extraña sensación. Algo en su interior le advertía que la representación

no debía celebrarse en el sitio donde normalmente tenían la sesión de historia, sino en el otro extremo de la biblioteca.

«*¡Pero qué ocurrencia!*», dijo para sus adentros.

Trató de no pensar más en el asunto. Tanto él como otras personas habían dedicado largas horas a los preparativos. Además, se hacía tarde, y los voluntarios estaban a punto de retirarse. Por si fuera poco, desde hacía años la sesión de historia se venía celebrando en el mismo sitio. No tenía sentido trasladar todo el escenario al otro extremo de la biblioteca, el cual era mucho menos espacioso. Además, tendría que avisar con muy poca antelación a los que lo ayudaban.

—¡Estaré perdiendo la chaveta! —musitó.

Sin embargo, los minutos transcurrían, y el desasosiego que sentía, no sólo no lo abandonaba, sino que cada vez era más intenso. Su corazón le decía que era urgente cambiar el escenario al otro extremo de la sala. Llegó un momento en que esa impresión pudo más que él. Se dirigió a donde estaban los voluntarios, ya cansados de tanto trabajo. A la mayoría buena falta les hacía irse a su casa a pasar un rato con su familia. ¿Cómo iba a armarse de valor para pedírsele, invocando como único argumento que mientras hacía sus oraciones había tenido... ¡una corazonada!

Sus amigos y conocidos lo querían mucho. Estaban dispuestos a



lo que fuera por él... Claro, dentro de ciertos límites. La idea parecía de lo más disparatada, tanto que la mayoría pensó que aquel pedido suyo era una señal de senilidad o una excentricidad de anciano. Al fin y al cabo, habían trabajado esforzadamente, y al poco rato llegarían los niños. La idea de trasladar sin necesidad el escenario al otro extremo de la biblioteca parecía absurda.

Casi todos los voluntarios tuvieron que irse. Quedaron unos pocos para repetir el trabajo que a un numeroso grupo de personas le había tomado horas. Los que se quedaron lo hicieron conmovidos por la determinación de don Octavio, que sin razón lógica afirmaba que era *imperativo* llevar a cabo aquella tarea. Con gran sorpresa de todos, no tardaron mucho en trasladar el escenario y el decorado, de suerte que terminaron poco antes que llegaran los primeros niños.

La velada no pudo haber sido mejor. Casi nadie se acordaba del extraño cambio que había habido en el último momento. Los chiquillos comieron algo ligero, caminaron por el *establo*, saludaron a la *Sagrada Familia* y se turnaron para cargar al *niño Jesús*. Los padres tomaron fotos y se quedaron un rato charlando de pie.

Don Octavio seguía perplejo. No entendía por qué había sido preciso trasladar todo el escenario a otra parte de la biblioteca, cuando habría estado bien dejarlo en el rincón de siempre. ¿Sería que en efecto estaba perdiendo la chaveta? Optó por olvidar el asunto y disfrutar de la fiesta. Pidió entonces a unos voluntarios que trajeran el pastel de cumpleaños. ¿Por qué no, si esa noche celebraban el cumpleaños de Jesús?

Con la mano hizo señas a los niños para que se sentaran en semicírculo. Al frente quedaba el pesebre. Cantaron *Cumpleaños feliz* y gritaron de entusiasmo al ver que llegaba el pastel.

De pronto, la fiesta fue interrumpida por un ruido pavoroso. ¡El espanto se apoderó de todos al advertir que un camión pesado embestía la biblioteca por el otro extremo! El conductor había perdido el control del vehículo cuando transitaba por una carretera adyacente. Los vidrios de las ventanas se hicieron añicos, las paredes se desplomaron y las estanterías cayeron al suelo. El camión —ya dentro de la biblioteca— arrasaba con todo lo que encontraba a su paso. Durante unos segundos aterradores dio la impresión de que nada lograría detenerlo o siquiera aminorar su velocidad. Los asistentes, horrorizados, observaban cómo el vehículo se les venía encima.

Milagrosamente se detuvo en seco ya escasos metros de donde

estaban! Quedaron estupefactos. En aquellos segundos angustiosos, casi nadie había atinado a correr o gritar.

Al cesar el ruido, todos escaparon del edificio por la puerta trasera, que daba al estacionamiento. Una vez ahí, algunos se reunieron en pequeños grupos, otros se subieron a su vehículo y unos pocos corrieron hacia la parte de delante de la biblioteca para ver los daños causados por el accidente. La fachada había quedado demolida. En el interior, miles de libros yacían esparcidos por el suelo. En el rincón donde don Octavio daba las sesiones de historia sólo había escombros y un camión volcado. La nube de polvo se disipó. Llegaron los socorristas y sacaron al conductor, que había quedado atrapado en la cabina del camión. Afortunadamente salió ileso. No hubo heridos. ¡El único sector de la biblioteca que no sufrió daños fue aquel donde se hallaban reunidos los niños con sus padres!

Al cabo de un rato los sobrevivientes cayeron por fin en la cuenta de que se habían salvado de milagro. Aquella Navidad, en todas las iglesias del pueblo se elevaron oraciones de agradecimiento. ¡Se habían librado de lo que pudo haber sido una tragedia! De todos los que esa Navidad hicieron acción de gracias, el más complacido era don Octavio, que contra todo argumento racional hizo caso de un extraño presentimiento que puso Dios en su corazón.



# Amar al prójimo

Una vez más la temporada navideña visitaba la casa. El ambiente era de febril actividad. Una niña de siete años se ocupaba con sus padres en poner los adornos y prepararse para las festividades.

—Mamá, ¿puedo invitar a María Fernanda a jugar conmigo un día de éstos?

—Cecilia, cariño, ya hemos hablado de eso. No conocemos mucho a su familia, y su mamá no se encuentra bien de salud. Preferimos que no estés con ellos. No nos parece bien. Mejor hagamos algo nosotros una tarde. ¡Ojalá que ni a tu padre ni a mí nos toque trabajar estas Navidades! De todos modos, Amparo, la vecina, se ha ofrecido a quedarse contigo si eso sucede —respondió la madre.

Cecilia dio un suspiro. Su padre era un conocido cirujano, y su madre directora de un centro médico del vecindario. «*¿Por qué tienen que estar siempre tan ocupados en Navidad?* —se preguntaba—. *¡Bah, para qué ilusionarme, si las cosas de todos modos no van a cambiar!*» Siguió coloreando mientras esos tristes pensamientos le daban vueltas en la cabeza.

Sus padres se habían esmerado por inculcarle una fe sencilla en Dios y en la oración. Pero a medida que fue creciendo, ellos estaban menos en casa, ocupados con su trabajo, y cada vez hablaban menos de Dios. De hecho, *hablaban menos de todo*, y raras eran las ocasiones en que hacían algo juntos en familia.

Aquella tarde Cecilia se puso a pensar en los regalos que recibiría. Faltaban apenas seis días para la Nochebuena. «*¡A lo mejor mamá ya hizo sus compras de Navidad y no me lo ha dicho para que sea una sorpresa y no me ponga a averiguar dónde tiene guardados los regalos!*»

Mientras se desvestía y se ponía el camisón, otra cosa la inquietó. «*¿Por qué será que a mí siempre me hacen unos regalos de Navidad geniales, y en cambio a mi amiga María Fernanda casi no le dan nada?*» Se sentó en la cama pensativa, agarrándose las rodillas con los brazos. «*¡Ojalá este año le hagan algunos regalos lindos!*»

Así, se acostó y se durmió plácidamente.

El trino de los pajaritos delante de la ventana la despertó más temprano que de costumbre. Aún bostezaba en la cama cuando se acordó de lo que había soñado. En el sueño estaba acurrucada en las faldas de su madre hojeando un libro de cuentos.

«*¡Qué extraño! ¡Hace tiempo que no pienso en ese libro!*» Haciendo a un lado las cobijas, se levantó de la cama. Luego se dirigió presurosa al armario y sacó una caja del estante de arriba. «*¿Dónde habrá ido a parar?*»

«*Aquí está*», se dijo mientras desempolvaba el viejo libro. ¡Qué recuerdos tan lindos le traía!

Se acordó de los tiempos en que sus padres le leían un capítulo de aquel libro de Historia Sagrada cada noche junto a la chimenea. Mientras pasaba las páginas, sonrió. Cada dibujo le hacía revivir una sensación especial, le traía un recuerdo único. Le devolvía la emoción que había sentido la primera vez que escuchó el relato.

Se sentó en el suelo. «*Recuerdo que todas las noches rezábamos juntos cuando me acostaba. Papá y mamá me enseñaban a decir mis oraciones y me dejaban bien tapadita en la cama. Ahora no rezamos. Será porque no están en casa a esa hora.*»

Hojeando el libro, quedó abierto en una hermosa página en la que había un dibujo de Jesús rodeado de niños. Debajo de la ilustración aparecía el versículo: «*Pídemle, y te daré los deseos de tu corazón*».

«*Mmmm —pensó—, recuerdo algo que me decía papá: que si alguna vez necesitaba ayuda y nadie me la podía dar, debía pedir-sela a Jesús, que Él me ayudaría. Será que... ¡Sí! ¡Eso haré!*»

Dejó el libro en la mesita de noche, se levantó de un salto, tomó una muda limpia de ropa de su cajón y se vistió. Se cepilló el pelo, tendió la cama y ordenó el cuarto. Ya estaba lista.

Se arrodilló junto a su cama y rezó:

—Jesús, me alegro mucho de haber tenido un sueño tan bonito sobre mi libro. Esta mañana, cuando lo encontré, me puse muy contenta y me dio la idea de conversar contigo. Quiero contarte el plan que he pensado para esta Navidad. Tengo una amiga. Se llama María Fernanda. Su madre está bastante enferma y su papá viaja mucho por su trabajo. Ella no tiene muchos juguetes ni cosas lindas. Espero que este año le hagan algunos regalos. Pero

quiero pedirte algo especial. Lo que pasa es que...

Su vocecita se fue apagando y susurró el resto de la oración. Al final dijo:

—Gracias por escucharme. Ah, y como ya es hora de irme, me despidido. ¡Amén!

Se levantó despacito confiando en que Jesús hubiera escuchado su oración, y se fue a la cocina, donde Julia, la empleada, le tenía preparado un pedazo de torta y chocolate caliente.

El 23 de diciembre su madre tuvo que salir de improviso. Para Ceci, eso significaba que iba a hacer compras de Navidad.

—¡Que tengas una buena tarde, mamá! —le deseó, despidiéndose con la mano desde la ventana.

Apenas dos días más tarde —que a Ceci le parecieron una eternidad— llegó el momento esperado. Era la mañana de Navidad. El cielo estaba despejado, y el parque del barrio se veía cubierto de flores. Con una sonrisa, Ceci bajó las escaleras presurosamente y se dirigió a la chimenea, donde, como era habitual, habían instalado el nacimiento del niño Jesús. Al lado, se encontraban los regalos.

«¿Cuáles serán los míos?», se preguntó Ceci. En ese momento entraron sus padres, que habían estado desayunando en la cocina.

—¡Buenos días, Cecilia! ¡Feliz Navidad! ¡Ven a darnos un beso



y un abrazo! —le dijo su mamá.

—¡Feliz Navidad, papi y mami! ¡Los quiero mucho!

Cecilia los miró a los ojos y luego dirigió la vista a los regalos.

—Muy bien, illegó la hora! —dijo su padre—. Veamos qué te ha tocado esta Navidad.

Los ojitos de Ceci centelleaban. Se agachó a recoger paquetes buscando la tarjetita que decía para quién era cada uno.

—Este es para ti, papi... ¡y este para ti, mami! ¡Uy, y este es para mí! —dijo, repartiendo los regalos.

Hubo media hora de alegría. Ceci casi no escuchaba los vilancicos que habían puesto de música de fondo. Estaba muy ocupada desenvolviendo sus regalos y ayudando a sus padres a abrir los suyos.

Finalmente, cuando los hubieron abierto todos, Ceci dio un gran beso a sus padres. Los abrazó y les agradeció cada obsequio. Se sentó junto al pesebre que con mucho esmero habían arreglado y pensó: «*Vaya, ¿qué habrá recibido María Fernanda esta Navidad?*»

—¡Ya, vámonos! ¡Salgamos a celebrar juntos este hermoso día! —dijo su padre.

En ese momento sonó el teléfono. Su madre fue a la cocina a atenderlo. Ceci subió los regalos a su cuarto. Cuando bajó, vio que sus padres conversaban en tono preocupado.

—¿Qué pasa, papi?

—Cariño, lo siento mucho. Ha surgido una emergencia en el centro médico. Los dos tenemos que acudir enseguida. Es posible que nos tome varias horas.

Ceci no pudo ocultar su desencanto.

—Cariño, lo siento de verdad. Sé que es una decepción. Volveremos prontito, y entonces cenaremos y pasaremos una linda velada juntos. ¿Te parece bien?

—¡Te queremos un montón, dulzura! ¡Nos vemos en un rato! —exclamó su padre mientras salían apresurados.

—Julia tiene el día libre, pero Amparo estará contigo. Si necesitas algo, se lo dices. Ah, mira; ya viene —le señaló su madre.

—¡Un momento! —exclamó Ceci golpeteando en la ventanilla del auto. Se le había ocurrido una idea que le iluminó los ojos—. Sé que ya hemos hablado de esto; pero como voy a estar sola, ¿pue-

do invitar a María Fernanda a jugar conmigo... aunque sea por una hora? O si no, ¿podemos jugar en el parque?

No había tiempo que perder. Su padre habló primero:

—Como es Navidad, te damos permiso, Ceci.

—Pero, cariño, mejor que jueguen en casa —añadió su mamá.

—¡Está bien! ¡Gracias!

La perspectiva de jugar con María Fernanda le levantó el ánimo. Al menos tendría la compañía de alguien de su edad. Enseguida salió con Amparo, y ambas se dirigieron a la casa de su amiga.

María Fernanda y su madre, doña Elsa, vivían en una casita deslucida a pocas cuadras de distancia. El papá no había podido venir a pasar con ellas la Navidad. Cuando la fábrica donde estaba empleado redujo personal, tuvo que irse a trabajar a otra ciudad. En general, doña Elsa andaba siempre muy débil y enferma. Como Cecilia no tenía hermanos, de vez en cuando quería jugar un rato con María Fernanda, pero sus padres no la dejaban. Preferían que su hija no se acercara mucho a doña Elsa, una mujer tan enfermiza, aunque según decían, el mal que padecía no era contagioso. Cecilia sospechaba que sus padres no querían que estuviera con ellas porque eran muy pobres.

Mientras Amparo conversaba con una amiga en la calle, Ceci tocó el timbre y esperó. A doña Elsa siempre le llevaba bastante tiempo abrir la puerta.

—¿Puede venir María Fernanda a casa a jugar un rato conmigo? Mis padres tuvieron que salir a trabajar, pero estoy con Amparo. Ella nos puede cuidar.

Doña Elsa sonrió y fue a llamar a María Fernanda.

—¡Ceci! ¡Hola! ¡Pasa! ¡Qué bueno que viniste!

—¡Hola, María Fernanda!

La casa de María Fernanda era muy diferente de la de Cecilia. Los muebles estaban medio gastados, y el pesebre no tenía más que las figurillas del niño, la virgen, San José y dos vaquitas desportilladas. Pero tanto ella como su mamá tenían una mirada de paz y contentamiento que parecía iluminar el recinto.

María Fernanda tenía la misma edad que Cecilia y era una magnífica compañera de juegos. Con los ojos, Ceci recorrió rápidamente cada rincón de la pieza con la esperanza de ver algunos

regalos. ¡Nada! «¿Habrás recibido María Fernanda algún regalo de Navidad?»

—¿Te gustaría venir a mi casa a jugar? —le preguntó.

—¡Claro que sí! —contestó con ánimos María Fernanda—. ¡Vamos ya! ¡Te echo una carrera!

En un pestañear llegaron a casa de Ceci. La pasaron requete-bién, tanto que se les pasó el tiempo volando. Estuvieron dos horas enteras jugando. Entretanto, Amparo escuchaba música y leía un libro. Las campanadas del reloj antiguo de pie le recordaron a Ceci que había prometido a sus padres que no estaría sino una hora con María Fernanda.

—Mis padres deben de estar a punto de volver. Paremos de jugar. Le pediré a Amparo que nos acompañe hasta tu casa. Gracias por venir. Lo pasé muy bien contigo.

—Yo también lo pasé súper. Eres una buena amiga —dijo María Fernanda con entusiasmo.



Al llegar a la casa de María Fernanda, doña Elsa llamó a su hija:

—María Fernanda, ven un minuto.

La niña entró para ver a su madre. Ceci esperó en la entrada con Amparo. Las oyeron hablar, pero no distinguieron lo que decían. En ese momento salió María Fernanda con una caja de cartón bastante grande.

—¿Qué es eso? —preguntó Ceci.

—No sé. Mamá me dijo que mientras jugábamos en tu casa, sonó el timbre. Mamá estaba descansando y tardó un

rato en salir a la puerta. Cuando abrió, no había nadie; sólo encontró esta caja de regalos navideños! ¡Mira! Están todos bien envueltitos. ¡Algunos tienen mi nombre, y otros el de mi papá y mi mamá!

Ceci casi no lograba contener la felicidad que sentía por su amiga. María Fernanda saltaba de alegría.

—¡Es increíble! Como no teníamos dinero para comprar regalos esta Navidad, me imaginé que no iba a recibir nada. Anoche, cuando oramos, dimos gracias a Dios porque papá, mamá y yo nos queremos, aunque no tengamos regalos. ¡Pero mira lo que Dios nos trajo esta mañana!

—¡Lindísimo! ¡Me alegro tanto por ti! —exclamó Ceci abrazando a su amiga.

—¡Uy! ¡Mira la hora que es! —interrumpió Amparo—. Tengo que llevarte a casa. Tus padres están por regresar y se van a extrañar si no te encuentran en casa.

Ceci dio las gracias a doña Elsa, se despidió de María Fernanda y emprendió el camino de regreso con Amparo. Tan feliz estaba por su amiga que cantó durante todo el trayecto.

A los pocos minutos de llegar a la casa, escuchó que el auto entraba en el garaje. Miró por la ventana. Sus padres se veían sonrientes. Supuso que todo había marchado bien en el centro médico.

La puerta se abrió.

—¡Ceci! ¡Ya llegamos! —exclamó su padre.

—¡Qué bien! —respondió ella.

—¿Pudiste jugar con tu amiga? —le preguntó su madre cuando hubo pagado y dado las gracias a Amparo por sus servicios.

—No van a creer lo que pasó. ¡Este año María Fernanda sí recibió regalos de Navidad! ¡Yo tenía tantas ganas!

Ceci no cabía en sí de alegría mientras les contaba a sus padres lo sucedido.

Ellos le sonrieron cálidamente y se miraron el uno al otro.

—Cariño —comenzó a decir su padre—, tu mamá y yo estuvimos conversando sobre algo que tiene que ver con eso. Nos gustaría invitar a doña Elsa y María Fernanda a cenar con nosotros esta noche. Creemos que no está bien que nos hayamos mostrado fríos con ellas y no les hayamos ofrecido nuestra amistad. Está



bien que seas amiga de María Fernanda y juegues con ella. Además, nos gustaría relacionarnos más con doña Elsa y ayudar a su familia. Queremos ser mejores vecinos, más amables con el prójimo, tal como nos enseña la Biblia.

Cecilia casi no daba crédito a lo que oía. Parecía demasiado bueno para ser cierto. Pero lo era.

—¡Papá! ¡Mamá! ¡Me escuchó! ¡Me escuchó! —dijo Ceci saltando de alegría—. ¡Escuchó mi oración! ¡Eso fue lo que le pedí! ¡Le pedí a Jesús que me dejara jugar con María Fernanda! ¡Y me respondió! ¡Me respondió! ¡No se lo dije a nadie más! ¡Nadie más lo sabía! ¡Sólo Jesús!

Entonces describió a sus padres el sueño que había tenido con el libro de Historia Sagrada y la oración que había hecho a Jesús.

Una lágrima rodó por la mejilla de su madre. Aquella noche, dos familias se unieron gracias al cariño de una niña y una oración navideña. De ahí nació una amistad que duraría toda la vida entre Cecilia y María Fernanda y los padres de ambas. A partir de entonces, cada Navidad tuvo un encanto singular para todos ellos.

# Pedro y la sirena

A Pedro le gustaba dar rienda suelta a su imaginación, hasta tal punto que a veces no sabía si algo de veras había ocurrido o si era una simple ilusión. El siguiente relato trata precisamente de uno de esos recuerdos que le han quedado a Pedro. Siendo que él mismo no distingue muy bien entre lo real y lo imaginario, eso tendrás que juzgarlo tú al leer el cuento. Lo que no se puede negar es que algo muy extraño le ocurrió a Pedro un día junto al mar.



Una apacible mañana se encontraba sentado en una roca mirando el sereno azul del mar. Al igual que muchos otros niños de ocho años, a veces se aburría y se desanimaba. ¡Pobrecito! Ejem, en realidad no era nada pobre. Sus familiares tenían mucho dinero, pero andaban muy ocupados y no tenían tiempo para él.

Cuando se sentía solo o triste, salía de su hermosa casa de verano y se iba a caminar por la playa, o se subía a una roca grande, donde se sentaba a ver pasar los barcos pesqueros. Entonces se ponía a pensar.

Tenía un cuarto muy lindo y muchos juguetes; pero pasar un rato junto al mar tenía para él un encanto especial. Le gustaba que el agua salada le salpicara y le hiciera cosquillas en los pies. En días tranquilos, montado sobre las piedras, podía reflexionar sobre las cosas que de verdad importaban para él y buscar soluciones a sus problemas.

Cierta vez en que se sentía más solo y triste que de costumbre, sentado en una de sus rocas favoritas, conoció a alguien, a una amiga con quien pudo charlar. No, no era una ballena, ni una gaviota, ni una marsopa. Su amiga resultó ser una bella sirena llamada Marinita.

Marinita tenía una larga cabellera rubia, unos ojazos de un azul cristalino, y la cola cubierta de escamas irisadas que centelleaban con un extraordinario tono medio dorado, medio rosado.

Desde aquel día, Marinita aparecía cada vez que Pedro tenía necesidad de conversar. Muchas veces bastaba con que silbara para que ella asomara la cabeza. Al parecer de Pedro, ella era la única persona que lo entendía, y él a su vez la entendía a ella. Si bien Marinita era de figura pequeña y frágil, siempre que Pedro tenía algún contratiempo o se sentía deprimido o muerto de aburrimiento, ella era capaz de ayudarlo.

Se acercaba nadando, lo escuchaba y movía la cola en señal de que lo comprendía. A veces hasta lloraba con él cuando se sentía particu-

larmente desalentado. Era muy buena para escuchar lo que Pedro le contaba. Cuando él se tenía que ir, ella se despedía haciendo un ademán con la mano y se sumergía. Siempre que nuestro amigo se encontraba en un enredo, ella le prometía que al llegar a casa se lo contaría al gran Padre de todas las criaturas vivientes y trataría de prestarle asistencia.



Una bella mañana de sol, a sólo dos días de la Navidad, Pedro se sintió otra vez solo, triste y aburrido; así que acudió a hablar con Marinita.

—Pedro, ¿por qué te sientes tan triste hoy? —preguntó ella.

—¡Ay, Marinita! Nadie entiende cómo me siento, ¡lo fatal que me siento!

—Vaya, Pedro, nunca te he visto así de triste. ¿Qué te pasa?

Marinita se sacudió el agua del pelo y se dispuso a escuchar a su amigo.

Pedro le confió lo que lo perturbaba:

—Todos están contentos porque ya llega la Navidad. Mis parientes arman cada vez más bulla. No paran de hablar de lo que quieren organizar, lo que les gustaría comer, lo que se van a poner, los regalos que van a hacer y recibir y las fiestas que van a dar. Mi madre dice que quiere un Porsche nuevo. Mi hermana, unos aretes de diamantes para su colección. Mi hermano mayor piensa irse de vacaciones a las islas. Mi papá quiere un velero nuevo y un reloj de oro. Yo, en cambio, no quiero ya más cosas. Jamás me han traído felicidad, y lo único que deseo es ser feliz. ¿Qué hago?

Marinita lo miraba con inmenso amor y comprensión. Pedro contemplaba el rostro de su amiga, normalmente tan tierno y alegre, pero en ese momento lleno de preocupación por causa de él, y no pudo



evitar sonreír. Ella siempre se las ingeniaba para que él se sintiera a gusto, aun cuando se sentía pésimo.

«¿Cómo hace para levantarme siempre el ánimo?», se preguntó.

Pedro lamentaba tener que irse a casa tan pronto, pero ya era hora.

—Mañana vendré a verte otra vez. ¿De acuerdo?

Marinita asintió con la cabeza y le tiró un beso. Le regaló una enorme sonrisa, lo saludó con la mano y se zambulló.

La sirena vivía en las profundidades del mar, en un hermoso jardín poblado de flores. Éstas tenían las más variadas formas y colores: las había rojas, amarillas, anaranjadas y azules. Algunas hasta hablaban con ella. Sus peces amigos también iban a visitarla.

Si bien en el mar abierto rondaban los peligros, en aquel jardín submarino nuestra amiga se hallaba protegida. Eso sí, siempre tenía que resguardarse y nadar con mucho cuidado cuando salía a ver a Pedro, porque había muchas criaturas feroces que pretendían hacerle daño o aun comérsela. Ella conocía bien la zona, pero su prudencia le indicaba que no debía aventurarse sola. En muy raras ocasiones lo hacía. Siempre que pasaba por aguas peligrosas, su buen amigo Marcial, un imponente pez espada, la acompañaba para custodiarla. Y lo hacía muy bien.

A Marinita no le resultaba fácil abandonar su celestial jardín submarino para ir a reunirse con Pedro. Sin embargo, el interés que tenía por ayudarlo y el cariño que sentía por él la llevaban a arriesgarse. Debía atravesar aguas peligrosas, sortear barcos de pescadores con sus envolventes redes y eludir el acecho de voraces criaturas del abismo.



Al día siguiente, Pedro regresó a su lugar favorito a la orilla del mar y pegó un silbido... ¡Marinita no apareció! «¿Dónde estará? —se dijo—. ¡Ojalá esté bien! Ella es tan pequeña, y el mar... tan peligroso.» Pedro se consoló recordando que Marinita también contaba con Alguien que velaba por ella y a quien podía acudir cuando se hallaba en apuros: el sabio y poderoso Padre de todas las criaturas vivientes.

Esa misma mañana, ella le había pedido ayuda.

—Amo de todas las criaturas, grandes y pequeñas, necesito Tu ayuda. Pedro, el terrícola, está muy triste. ¿Hay algo que podamos hacer a fin de que esta Navidad sea una ocasión inolvidable para él?

—Marinita, coincido contigo en que Pedro necesita nuestra ayuda. Es un encanto de niño. Todos los juguetes, las bicicletas nuevas y demás cosas que le obsequian no lo satisfacen. No pueden hacerlo fe-

liz. Lo único que le dará felicidad será hacer felices a otras personas. Eso es lo que más desea en el fondo de su corazón, sólo que todavía no lo sabe.

El Creador dio entonces a la sirena una varita mágica y le dijo:

—Ve con Marcial a la orilla. Allí estará Pedro deseoso de hablar contigo. Toca con la varita mágica dos de sus rocas preferidas, y algo maravilloso ocurrirá.

Marinita partió inmediatamente. El viaje fue arriesgado, pues ni bien habían salido, dos grandes tiburones tigre comenzaron a seguirlos. Se les acercaban como lobos. Su táctica consistía en atacarlos desde ambos flancos. Marcial era valiente y muy capaz de plantarles cara con bravura, pero no podía estar en dos puntos a la vez. De pronto, ¡atacaron!

Marcial se dio la vuelta y asestó un duro golpe al gran tiburón que lo perseguía a corta distancia; pero en ese mismo instante, Marinita tuvo que enfrentarse con valor al otro atacante. Sólo la velocidad y agilidad de Marinita lograron impedir que cayera presa de sus terribles fauces.

Habiendo fracasado en la primera pasada, el tiburón dio un giro para asestar otro golpe. Ya se aproximaba peligrosamente.

—¡Oh, Padre de la Vida, socorro! —oró.

En ese preciso momento escuchó una voz tranquilizadora; le indicaba que empleara la vara que llevaba en la mano para golpear al agresor. Al acercarse el tiburón, Marinita levantó valientemente la



vara y le dio un golpe seco en el morro.

Algo extrañísimo pasó. ¡De repente el gran tiburón se convirtió en piedra delante de sus ojos y se hundió en las profundidades del mar! Ya el oponente de Marcial había huido aterrorizado, de tal manera que cuando el noble pez espada acudió a rescatar a Marinita, alcanzó a captar el momento en que el otro bicho marino se convertía en piedra.

Marinita y su fiel amigo llegaron sin un rasguño a la orilla rocosa cercana a la casa de Pedro. Desde lejos, ella alcanzó a divisarlo. Iba caminando hacia su casa, cabizbajo, evidentemente decepcionado por el hecho de que ella no hubiera aparecido. Lo llamó, pero él no la oía por el estruendo de las olas. Ya a punto de abandonar la playa, Pedro se dio la vuelta para echar un último vistazo con la ilusión de que Marinita se asomara. En ese momento, un enorme pez espada saltó del agua.

«*¡Es Marcial! ¡Vino Marinita!*» Feliz y aliviado, Pedro regresó corriendo a su lugar predilecto en las rocas. Mirando atentamente, vio que Marinita traía en la mano una vara.

La sirena nadó hasta una de las rocas favoritas de Pedro y la tocó con la vara. ¡De repente se convirtió en un apuesto príncipe! Pedro quedó mudo. Marinita tocó la segunda roca, y ésta cobró vida convirtiéndose en una hermosa princesa.

El joven príncipe y la bella princesa se dirigieron hacia Pedro. Marinita estaba embobada. Aquella escena la maravilló.

—¡Increíble! —musitó Pedro sonriéndoles—. ¡Nunca había visto gente tan perfecta en toda mi vida!

Ellos le devolvieron la sonrisa, y el príncipe habló primero:

—Soy el príncipe Clemente, y ella la princesa Claraluz. Hemos venido a enseñarte a ser feliz.

Luego habló la princesa:

—Pedro, hemos venido a invitarte a una aventura. Si el día de Navidad te encuentras solo o aburrido, te llevaremos de visita a nuestro mundo. No tendrás más que tocar una de las rocas de las que aparecimos, y la aventura comenzará.

—¡Qué bueno! —exclamó Pedro—. ¡Será divertidísimo! ¡Genial! ¿Podemos hacerlo ahora?

—Hoy, no —dijo el príncipe Clemente—. Ese viaje solo puede emprenderse el día de Navidad.



Llegó la mañana de Pascua. Era un día soleado y hermoso. Como de costumbre, Pedro encontró una pila de regalos con su nombre de-

bajo del árbol. Su padre entró rápidamente para desearle una feliz Navidad antes de desaparecer para hacer unas llamadas importantes. Su madre se quedó mirándolo un rato mientras abría los regalos, pero luego fue a prisa a arreglarse para recibir a los invitados que llegarían más tarde. Una vez más, Pedro se encontraba solo.

—Estaré en la playa con unos amigos. ¡Vuelvo después! —anunció a su madre mientras salía de la casa.

—Está bien, cariño —respondió ella sin prestarle mayor atención, obviamente inmersa en sus propios planes.

En lo que debía ser un día de gran dicha, Pedro aún se sentía triste, solo y olvidado. Mientras cruzaba la playa rumbo a su rincón favorito entre los roquedales, se le llenaron los ojos de lágrimas. ¿Cumplirían lo prometido el príncipe y la princesa? ¿Lo llevarían a conocer su mundo, aunque fuera solo por un rato?

Marinita no daba señales de vida, así que después de tomar una buena bocanada de aire, se agachó y tocó las rocas de las que el día anterior habían surgido aquellos seres. Instantáneamente aparecieron el príncipe Clemente y la princesa Claraluz.

La princesa sonrió y lo tomó de la mano.

—¿Estás listo para la aventura? —le preguntó.

—¡Sí! —respondió Pedro ansioso.

En un abrir y cerrar de ojos fueron transportados a un lugar de ensueño.

—¡Uuuuy! —exclamó Pedro pasmado al verse en un frondoso parque junto a un castillo magnífico—. ¡Nunca había estado en un sitio así! Por todas partes se ven pájaros y flores, y hay infinidad de árboles frutales. Parece que aquí todo es transparente, como de vidrio teñido. ¡Mira! ¡Hasta esa pera dorada es casi transparente! ¿Me la puedo comer?

—Pues claro —dijo el príncipe soltando una carcajada mientras tomaba la pera.

Se la alcanzó, y Pedro enseguida la saboreó.

—¡Mmmmm! ¡Es deliciosa! ¡Este lugar es fascinante!

A un costado de los jardines del palacio, luces de múltiples colores danzaban como niños felices.

—¿Eso qué es? —preguntó Pedro a la princesa Claraluz.

—Son muchos otros pensamientos y lugares dichosos. Cuando te acercas y tocas uno de los colores, te conduce a mayores aventuras. Ves y haces cosas que nunca soñaste siquiera.

Pedro notó que varias flores que tenía cerca se movían. Hasta le pareció que algunas tenían boca y sonreían.

—Se me hace que esas flores enormes tienen rostro y están conversando —comentó—. ¿Puede ser?

El príncipe respondió:

—¡Ah, sí! Siempre están charlando. Y si te acercas, hablan contigo.

—¡Esto es genial! —exclamó Pedro—. Hay tanto que hacer que aquí nunca me aburriría.

En el parque de diversiones había de todo, unos juegos increíbles. Los animales se mostraban de lo más amistosos. Lo que más disfrutó Pedro fue el recorrido en góndola mágica por el río de cristal. Pudo conversar con todos los animales que encontró a lo largo de la travesía.

—¡Nunca en mi vida lo había pasado tan bien! Gracias por traerme a este lugar.

—Hay otro sitio que queremos que veas antes de volver a tu casa, Pedro —señaló el príncipe—. No es bello y divertido como éste, pero allí hay mucha gente que te necesita.

El príncipe Clemente y la princesa Claraluz tomaron cada uno a Pedro de una mano y alzaron vuelo con él.

—No puedo creerlo —exclamó Pedro—. ¡Estoy volando! ¿A dónde vamos?

—Queremos llevarte a algunos rincones de tu propio mundo que nunca has visto, donde hay gente que necesita tu ayuda —explicó la princesa.

Al traspasar una extensa nube blanca y esponjosa, Pedro se dio cuenta de que había regresado a su mundo. Abajo se divisaban las calles de una ciudad. Hacía mucho frío, y los transeúntes parecían tristes y extremadamente pobres. Tenían aspecto de refugiados de guerra, de gente sin hogar.

Volando a baja altura, Pedro pudo verles el corazón. De repente, los problemas, la sole-



dad y la desdicha que solían afligirlo le parecieron insignificantes en comparación con lo que sufrían aquellas personas. Para muchos, ese día de Navidad no era motivo de alegría. Algunos que antes llevaban una vida un poco mejor, ahora vivían en extrema pobreza. Unos habían perdido a sus seres queridos. Otros estaban enfermos, maltrechos, hambrientos o desesperados. Todos necesitaban que alguien les mostrara un poco de afecto y les levantara la moral.

En el umbral de una puerta se distinguía a un niño y su hermana, ambos con la mirada triste. Pedro preguntó si podía detenerse a hablar con ellos. El príncipe y la princesa descendieron con él y lo ayudaron a posarse en tierra. Los niños le contaron todo lo que les había pasado. Al escucharlos, Pedro se apenó mucho y dio gracias por todo lo que tenía y que a veces no apreciaba. Disfrutaba de un hogar y una familia, no estaba enfermo ni pasaba hambre.

Tenía unas pocas monedas en el bolsillo y se las dio. Al despedirse de ellos, se le pasó una idea por la cabeza. ¡A lo mejor podía convencer a papá y mamá para que ayudaran a algunas de esas personas! «*Podríamos traerles cosas que les hacen falta*», pensó.

Por primera vez le pareció que alguien lo necesitaba de verdad y que tenía una tarea muy importante entre manos. Eso lo hizo feliz. Ya no se sentía triste, olvidado ni aburrido. Alguien lo necesitaba, y había muchas cosas importantes que hacer. ¡La gente necesitaba su ayuda!

Aquel día conoció a otros niños. Se tomó el tiempo de escuchar sus dolorosos relatos. Había aprendido mucho de Marinita y sabía lo importante que es para una persona contar con alguien que la escuche cuando se siente triste y herida por dentro.

Pedro resolvió que se dedicaría a ayudar al prójimo. Sería trabajo, pero no le importaba, porque sabía que otros necesitaban su ayuda.

De ahí el príncipe y la princesa lo llevaron a un último lugar: la casa de una familia pobre situada a poca distancia de la de Pedro. Allí no había cantidad de regalos navideños. Una madre agotada procuraba consolar a un bebito llorón, mientras una chica mal vestida hacía lo que podía por preparar un plato sencillo para dar de comer a sus hermanos hambrientos.

—¡Quiero ayudar a esta gente! —dijo Pedro volviéndose al príncipe y la princesa.

—¡Quizá puedas! —respondió ella.

El viaje terminó súbitamente. De golpe Pedro se encontró de nuevo a solas entre las rocas, a la orilla del mar, donde había comenzado su travesía. Le pareció ver dibujados en el cielo a los bondadosos prínci-

pes, que se despedían de él con la mano alzada. De nuevo se sintió un poco solo y apagado. «¿Volveré a verlos?», se preguntó. Pero no disponía de mucho tiempo para ponerse a pensar en eso. Debía volver a casa deprisa. Al fin y al cabo, tenía mucho que hacer.

Después de caminar un poco, se detuvo un instante y echó un vistazo al mar. ¿Volvería a ver a Marinita? Entonces... ¡la vio, a cierta distancia de la costa! La amable sirena se despidió meneando el brazo y, con un coletazo y una zambullida, desapareció en el mar.

«¡Qué buena amiga ha sido!», pensó Pedro, devolviéndole el saludo con la mano. Y así, emprendió el regreso a casa.



La madre de Pedro se detuvo un momento a escuchar la increíble descripción que él le hizo de su encuentro con el príncipe y la princesa y las enseñanzas que había sacado de su *viaje*: lo importante que es ser comprensivo, ayudar a los demás y demostrarles que alguien se interesa por ellos. Pedro le contó también lo agradecido que estaba de tener un papá y una mamá, buena salud y muchas otras bendiciones del cielo que no había valorado como debía. Por último le dijo que quería ayudar a todos los que no tenían tanto como él.

A su madre se le llenaron los ojos de lágrimas. De pronto se encendió otra vez en ella aquella ternura y comprensión por los demás que su ajetreada vida social había apagado hacía mucho tiempo. Estrechando fuertemente a Pedro susurró:

—Es maravilloso que quieras hacer eso, cariño. Te voy a ayudar. Ahora mismo están por llegar los invitados, y tú tienes que ir a vestirte. Pero una vez que se hayan marchado, embarquémonos juntos en esta nueva aventura.

—¿Lo prometes? —preguntó Pedro.

—Lo prometo —respondió ella. Y recordando un sentimiento que la había apremiado esa tarde, añadió:— ¿Tú me prometes que no volverás a ir a ninguna parte solo, con personas a quienes no conozco y sin avisarme? Hoy estuve preocupadísima por ti cuando no venías.

—¿De veras? ¡Lo siento, mamá! —dijo Pedro.

Luego de un beso y otro cálido abrazo, que marcó el comienzo de una nueva relación entre ellos, Pedro subió a brincos las escaleras que conducían a su cuarto. Al encontrar la cama tapizada de regalos navideños, recordó a los niños pobres que había visto aquel día cerca de su casa durante su viaje. Sabía perfectamente qué hacer y por dónde empezar. Estaba requetefeliz.

# El secreto del sastre

Pocas personas se fijaban en aquel viejo apesadumbrado y solitario. Klaus y su mujer se habían trasladado a Finlandia huyendo de la guerra y de los trastornos que azotaban su país. Allí, con el paso del tiempo, él llegó a ser un próspero sastre, hasta que cierto año se desató una terrible epidemia de gripe que se llevó a su esposa y sus hijos. Desde entonces, la vida había perdido sentido para él. Ya no era el hombre dichoso y feliz de antes. Se pasaba los días deambulando por las calles de Helsinki, y en la noche iba a parar a su frío taller, donde se dejaba caer pesadamente en un catre, una de las pocas pertenencias que le quedaban. Ya no se dedicaba a la sastrería. Aunque quisiera no hubiera podido, pues había vendido todos sus objetos de valor o los había canjeado para abastecerse de combustible y alimentos. Con ropa andrajosa, la cabeza gacha y arrastrando los pies, vagaba por la ciudad. Sus cabellos y barba canos lucían revueltos y enmarañados. ¡Sus antiguos amigos difícilmente lo reconocían!



Siempre que su esposa Gertrudis y sus hijos miraban



desde el Cielo, se les ensombrecía el corazón. Ella acudía con frecuencia ante el trono de Dios para implorar por el bienestar de su marido. El Padre eterno siempre la consolaba.

—En el momento preciso —le decía—, un rayo de luz y nuevas esperanzas traspasará el denso manto de nubes que envuelve la vida de Klaus.

Dios entonces permitía que Gertrudis se aproximase a su esposo. Desde la esfera invisible del espíritu, ella le susurraba al pobre Klaus palabras de amor y aliento.

Pasaban los días, y él no mejoraba. Gertrudis se convenció de que su amado esposo había llegado ya al punto de la desesperación. Así, llena de tristeza, se presentó una vez más delante de Dios. En esa ocasión el Señor del universo le anunció:

—¡Ha llegado la hora! Tu esposo está a punto de olvidar sus penas y concentrarse más bien en aliviar las necesidades ajenas. Apenas lo haga, Yo obraré el milagro.



Era invierno, y como de costumbre el frío era crudo en Helsinki. El sol no se asomaba más que por unas horas. Al abrigo de radiantes lumbres, los artesanos realizaban sus oficios dentro de sus talleres. Las mujeres no se apartaban del cálido ambiente de la cocina, salvo para alguna fugaz visita a la tienda de víveres. Sólo los niños se aventuraban a más de unas pocas manzanas de su casa. Vivieran donde vivieran, nunca se les hacía lejos caminar hasta el *Paseo de los Niños*, lugar donde los más renombrados jugueteros de la ciudad practicaban sus artes. Una leyenda popular aseguraba que santos y ángeles de extraordinarias dotes transmitían ideas a los jugueteros. En la larga hilera de vitrinas que flanqueaban el *Paseo de los Niños* se exhibían toda suerte de artefactos y muñecos que recreaban los ojos de los chiquillos y hacían volar su imaginación.

Si bien a Klaus le encantaban los niños, siempre que se detenía a verlos jugar o a mirar los juguetes expuestos en los escaparates lo atormentaba el recuerdo de sus hijos. Se le partía el corazón y le rodaban lágrimas por las mejillas.

Un día notó a un chiquillo de ropas casi tan desastradas como las suyas contemplando inmóvil los juguetes de una de las vitrinas. La mirada de desesperanza y desilusión impresa en el rostro de la criatura delataba sus pensamientos: «*iNunca sabré lo que es tener en*

*mis manos uno de estos lindos juguetes!»*

Klaus empezó a sollozar. Por primera vez en mucho tiempo, no lloraba por sí mismo. Se sentía triste por aquel niño y otros cientos como él.

La imagen del pequeño se le quedó grabada en la mente. Casi sin pensar adónde lo llevaban sus pies, terminó en un pequeño barranco en las afueras de la ciudad, un vertedero en el que la gente arrojaba basura y trastos viejos. Por un inexplicable motivo, cierta alegría y esperanza se apoderaron de él. ¿Cuánto tiempo hacía que no tenía un sentimiento así?

Una muñeca que alguien acababa de botar yacía hecha pedazos sobre uno de los montículos de basura que la nieve aún no había tapado. Klaus se agachó y recogió los pedazos.

—*Júntalos, Klaus* —le susurró Gertrudis al corazón.

Sin saber por qué, recompuso la muñeca. ¿Sería su imaginación, o la muñeca de verdad abrió los ojos y lo miró como lo haría un ser vivo? «*¡Gracias por devolverme la vida!*», pareció decirle.

Él la miró sonriente y contestó en voz alta:

—*¡Es un placer!*

Aunque no había nadie por ahí, se sintió ridículo y tiró nuevamente la muñeca en la pila de desechos.

Enseguida lo invadió una profunda tristeza.

Volvió a recoger la muñeca, y una vez más sintió un golpe de felicidad. «*¡Qué extraño!*», pensó.

De otra pila de basura sacó un osito sin brazos.

*«¡Qué bello sería que estos juguetes rotos pudieran repararse y distribuirse entre los niños de familias pobres! ¡Qué alegría sentirían todos! —pensó—. Pero, ¿qué puedo hacer para materializar ese sueño? No soy más que un viejo pesaroso... Además, ¡no tengo herramientas, agujas, hilo ni género con qué coser!»*

Una voz del Cielo le sugirió: «*¡Para Dios nada es imposible! Cuando Él te indica un plan, te ayuda a llevarlo a cabo. Mira a tu alrededor.*»

Sin entender aún lo que ocurría, con una mirada circular Klaus se fijó en los restos y desechos esparcidos por el lugar. De pronto sus ojos se detuvieron en una maltrecha caja de madera. No parecía servir para nada, mas cuando abrió la tapa, ¡se llevó una sorpresa mayúscula!

Estaba repleta de útiles y herramientas, ¡precisamente las que le harían falta para realizar aquel trabajo! Es cierto que se veían viejas y algo oxidadas, pero con un buen restregón y un afilado, quedarían

como nuevas. En un compartimento de la caja encontró un juego de costura con agujas de varios tamaños e hilos de colores.

«*¡Menudo hallazgo!* —se dijo, en el mismo instante en que una nueva idea iba tomando forma en su cabeza—. *¿Y si...? ¿Y si recolecto todos los juguetes rotos que encuentre, los arreglo y los reparto como regalos de Navidad entre los niños pobres?»*

En el Cielo, Gertrudis y todos los que la ayudaban en tan original misión dieron brincos de alegría. ¡Lo prometido por Dios se estaba haciendo realidad!

Klaus no desaprovechó un solo minuto. Los siguientes días los dedicó a juntar juguetes rotos. También puso especial atención en averiguar o preguntar discretamente dónde vivía cada uno de los niños necesitados de la ciudad. Anotó esos datos en una libretita. Posteriormente pasó muchos días reparando, cosiendo, pegando y rellenando juguetes. Tan absorto estaba en su tarea que a menudo se olvidaba de comer.

«*En pocos días será Navidad —no cesaba de pensar—, y los niños de familias pobres querrán tener juguetes. ¡Cómo deseo que sean felices!*»

Cada vez trabajaba más arduamente, hasta altas horas de la no-



che, cuando ya los dedos le dolían, la vista se le nublaba y quedaba rendido de sueño en su silla. A la primera luz, madrugaba y continuaba su obra de amor.

Interiormente se sentía muy bien. Por fin, la víspera de Navidad iconcluyó su tarea! Todos los niños que tenía anotados en su libreta recibirían un regalo. En el suelo de su taller había siete grandes sacos llenos de hermosos juguetes, todos revividos por las manos gastadas del anciano sastre.

*«Pero ¿cómo haré para llevárselos a los niños? —se preguntó—. No deben pensar que son regalos míos, pues ciertamente son presentes que Dios les envía con el más puro amor.»*

*—Disfrázate y llévaselos esta noche —le susurró Gertrudis.*

Así hizo.

La Nochebuena se presentó fría y tempestuosa. Poco antes de la medianoche, puso los sacos de juguetes en un trineo bien grande que antes empleaba para llevar a sus hijos de una parte a otra. Era una de sus últimas posesiones. El cargamento de juguetes era pesado, y tuvo que hacer mucha fuerza para tirar de él en la nieve. Fue de calle en calle, dejando uno o varios paquetes a la puerta de cada casa donde vivía una familia pobre. Cada paquete contenía un juguete para un niño de la casa, y con cada juguete iba una notita que decía:

*«Un regalo de amor de papito Dios.»*

La paz al fin se instaló en el corazón de Klaus.

La mañana del día de Navidad, una feliz sorpresa aguardaba a los menesterosos de la ciudad. Algunos dieron gracias a Dios por lo que a su juicio era un milagro. Otros no sabían qué pensar, pero les agradó ver felices a sus hijos. Otros dijeron haber visto a un anciano cubierto de nieve repartiendo los paquetes. Y otros más manifestaron que un misterioso trineo cargado de grandes sacos había rondado por la ciudad. La noticia corrió de boca en boca y fue abultándose hasta que se rumoreó que el trineo iba tirado por renos, y había descendido del Cielo!

En fin, buena parte de la leyenda era verdad. Quien repartió los regalos fue un anciano cubierto de nieve, y los llevaba en un trineo cargado de sacos. También se podría decir que indirectamente vinieron del Cielo, ya que fue Dios quien le inspiró la idea.

Klaus pasó el año siguiente reuniendo y arreglando juguetes rotos sin ser advertido. ¡Qué dicha le produjo aquella empresa!

Cuando volvió la Nochebuena, una vez más hizo su ronda secreta por la ciudad para entregar regalos a todos los niños pobres. A la ma-

drugada, en una hora muy tranquila, agotado por el esfuerzo que le demandó su singular misión, el anciano pasó a mejor vida. La mayoría de la gente de la ciudad ni siquiera se percató de ello. Klaus se reencontró con su mujer y sus hijos, y todo el Cielo lo celebró.

—Fue extraordinario lo que hiciste —le dijo Dios—; pero no has terminado. Es preciso que todos los niños conozcan Mi amor. ¿Me ayudas a manifestárselo?

Dios había respondido y seguiría respondiendo la oración de Gertrudis por su marido. Klaus llegó a ser más feliz de lo que había creído posible. Puso todo su empeño en ayudar a niños de distintos países. Les hablaba quedamente a la conciencia y les infundía ánimos, así como Gertrudis había hecho con él.

Se sentía en la gloria cada vez que un niño abría su corazón al amor de Dios e iniciaba una vida más dichosa.



Ésta puede ser para ti una Navidad inolvidable. El secreto está en conocer mejor a Aquel que dio origen a la Pascua, y que por medio de ella comunica amor y alegría a millones de personas. Verás, ¡es de lo más sencillo! Abre tu corazón a Jesús. Pídele que te llene para siempre de Su amor, paz y gozo. Él vendrá a ti y nunca te dejará, ¡pues te quiere mucho!

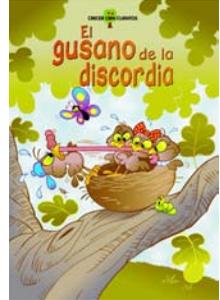


## Pasolento y Carrerín

Los animalitos de carácter muy distinto pasan un día juntos en la feria y, a raíz de una peligrosa experiencia, se acercan a Dios y consolidan su amistad. ¡Todo con hermosas ilustraciones en colores que hacen las delicias de los niños!

## El gusano de la discordia

iPicotón, Colorao, Guinda y Chispita son cuatro crías de petirrojo, cada cual con su personalidad y preferencias, un enorme apetito y unas cuantas cosas que aprender en lo que a modales se refiere! ¿Qué ocurrirá un día en que sus papás se van lejos en busca de alimento y Picotón se ve por primera vez en un apuro?



## Los héroes de la granja

La pollita Rita está aburrida y tiene sed de aventuras. ¡Poco se imagina lo rápido que va a cambiar la situación!

## Apacienta Mis corderos

Jesús dijo: «Si me amas, apacienta Mis corderos». ¡Esta colección de siete libritos se ha concebido justamente con ese propósito! Presenta con abundancia de ilustraciones importantes versículos de la Biblia simplificados, de forma que a los niños les resulte fácil aprendérselos de memoria.



**Direcciones a las que se pueden solicitar publicaciones infantiles de Aurora:**

*Conéctate*  
Apartado 11  
Monterrey, N.L.  
México, 64000

*Conéctate*  
Casilla de correo 815  
Correo Central 1000  
Capital Federal  
Buenos Aires  
Argentina

*Conéctate*  
Casilla 14.982  
Correo 21  
Santiago  
Chile

*Conéctate*  
Apartado A. 85178  
Santafé de Bogotá  
Colombia

*Activated!*  
P.O. Box 4307  
Orange, CA  
92863-4307  
USA

Correo electrónico: [conectate@conectate.org](mailto:conectate@conectate.org)

En Internet: [www.auroraproduction.com/castellano](http://www.auroraproduction.com/castellano)

## Sucedió una Navidad...

¿Por qué don Octavio altera de pronto sus planes para la fiesta de Navidad?

¿Qué puede hacer Cecilia para ayudar a su amiga estas Navidades?

¿Será verdad que Pedro es amigo de una sirena?  
¿Adónde va él solito una tarde de Navidad?

Klaus se siente triste y desanimado. No obstante, isu vida está a punto de experimentar un cambio trascendental! ¿Quién lo está ayudando?

**Sucedió una Navidad...** responde a estas preguntas, y mucho más.



ISBN 3-905332-71-X



9 783905 332711

